

IN MEMORIAM  
RUSSELL P. SEBOLD

José Antonio SÁNCHEZ PASO  
Universidad de Salamanca

Han transcurrido ya unos meses desde que conocimos la noticia del fallecimiento del profesor Russell P. Sebold (Dayton, Ohio, 20 de agosto de 1928-West Chester, Pensilvania, 7 de abril de 2014). Con él desapareció uno de los más señalados artífices de la pléyade de hispanistas que protagonizaron la segunda mitad del siglo pasado. Discípulo de Américo Castro en Princeton, donde se doctoró con una tesis sobre *Sátira y novela en el Fray Gerundio de Campazas del P. Isla*, fue luego catedrático de Literatura Española en la Universidad de Pensilvania durante treinta años, donde también fue director del Departamento y dirigió la conocida revista *Hispanic Review* hasta las vísperas de su retiro, en 1998. Fue correspondiente de la Real Academia Española (1993) y la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (1993), doctor *honoris causa* por la Universidad de Alicante (1994) y premio Elio Antonio de Nebrija de la Universidad de Salamanca (2001), circunstancia esta última que me permitió conocerlo, trabar una amistad entrañable y convertirme en su editor durante los últimos quince años.

La obra investigadora de Bud Sebold –como enseguida apremiaba a que le llamaran a quienes se relacionaban con él, quitando distancias y familiarizando el trato, signo de su porte– estuvo densamente ocupada en desentrañar el Dieciocho español, tan desdeñado cuando él se inició en los años cincuenta. Ilustración, neoclasicismo y, más tarde, Romanticismo fueron territorios en los que entregó estudios en forma de libros, artículos, manuales, conferencias, seminarios y lecciones que en muchas ocasiones rompían visiones estáticas y proponían interpretaciones novedosas y rompedoras, no siempre bien acogidas pero modificadoras al cabo de la valoración estética de Torres Villarroel, Cadalso, Luzán, Iriarte, Menéndez Valdés o Bécquer. Volvió la vista también hacia la poesía, especialmente la

renacentista, en sus últimos años. El que sería su postrer libro, en el que trabajaba los días previos a su fallecimiento, versaba sobre su adorado Garcilaso, lo que me permitió vivir a su lado esa entrega definitiva durante los dos años finales de su vida.

Bud Sebold pisó España por primera vez en 1952, en un viaje descubridor que contó repetidas veces, incluso por escrito (está en esa antología de artículos suyos aparecidos en el *ABC*, del que fue largos años colaborador, que tuve el privilegio de editar bajo el título de *Ensayos de meditación y crítica literaria*). Aquella foto fortuita y afortunada de un joven de 22 años junto a un Pío Baroja casero y amable, su primera estancia en la Biblioteca Nacional, sus primeros paseos por el Rastro y la Cuesta de Moyano adquiriendo libros por cuatro perras. Dos norteamericanos causaban sensación en aquellos años en Madrid: Ava Gardner con su belleza y su desenfadada libertad en los ambientes nocturnos y flamencos, y Bud Sebold con su estatura y su abrigo de piel de camello en las librerías anticuarias. De aquellos años guardaba, fiel hasta la llamada de la Parca, un amor confeso por otra actriz, acorde con su *nacionalidad*: Sara Montiel. Hará tres años le envié un paquete que incluía un lote de películas suyas y un compacto con canciones olvidadas. Al recibirlo, me confesó en uno de sus frecuentes *electrogramas* (así llamaba a los correos electrónicos, siempre más allá que nosotros en la pulcritud de su magnífico español) que había llorado de emoción y alegría, porque algunas de las películas y canciones no las conocía y le iban a permitir durante una temporada alternarlas con otra pasión que ejercía cotidianamente: el seguimiento en alguna televisión hispana de los culebrones venezolanos. Ambos coincidimos, sin embargo, en la devoción por otra mujer cuya biografía él llegó a pergeñar: doña María Josefa Alonso Pimentel, condesa-duquesa de Benavente a finales del XVIII.

Hace tres años pensaba que había cerrado ya su bibliografía, no tenía nada que ofrecer, me decía: «Por primera vez en mi carrera no sé «no tengo la menor idea» sobre qué voy a escribir ahora», me escribía en un electrograma el 25 de septiembre de 2012. Pensaba en una traducción al inglés de las *Cartas marruecas*. Le animé a que trazara un hilo conductor con algunos de sus artículos publicados y le diera forma de libro. Se animó y presentó en la editorial de la Universidad de Salamanca, ya su casa para entonces, el que habría de ser el último de sus libros: *Garcilaso de la Vega en su entorno poético*.

Trabajamos juntos en ese libro durante dos años. El proceso se alargaba más de lo previsto inicialmente. «Pasados los ochenta años, lo que el ser humano tiene en abundancia es la paciencia. Apenas puedo hacer ya otra cosa, excepto leer pruebas», me decía el 20 de mayo de 2013. «Yo tengo 84 años, cumplo 85 en agosto, y aunque mi salud resulte ser mejor de lo que podría parecer por algunos indicios médicos, mi tiempo en este planeta está limitado. Quisiera leer las pruebas de mi libro», escribía cuatro días después. Entonces, el 9 de octubre, me hizo saber sus temores, en un párrafo que forma parte de mi vida más íntima: «Tengo 85 años y mi salud es frágil. Sin embargo, me hace mucha ilusión ver este

pequeño libro mío impreso y encuadernado, en fin, publicado, antes de despedirme de este planeta. Esa ilusión, las flores primaverales y la nueva sensibilidad de Garcilaso a la naturaleza seguramente me sostendrán hasta esa fecha, sea cuando sea». No cabía mayor ofrenda de amor a los libros y la filología. El 31 de marzo, cerca de las doce de la noche, terminábamos de corregir las pruebas; en su último electrograma, en ese momento, me decía: «¿Qué nos toca hacer ahora? Estoy a tus órdenes». Le escribí, en los días siguientes, dos o tres correos, con detalles de la cubierta y chascarrillos domésticos y personales, pero ya no contestó. Con la tristeza de la noticia de su muerte que me ofreció María José Rodríguez, directora entonces de la editorial, la desazón de que no viera satisfecha su ilusión de ver a Garcilaso entre las flores primaverales me llevó a acordarme de Cervantes, puesto el pie en el estribo.

La última imagen que tengo de él, después de despedirnos tras una entretenida comida, es la verle de espaldas Recoletos abajo, seguramente camino de la Cuesta de Moyano. No sé a qué volvería, porque allí ya no quedan libros. Hacía años que todos se los había llevado él a su bella casa de Malvern, donde hoy le lloran la ausencia, tan desvalidos como yo sin el amigo.